

Peirce, ¿exégesis o aplicación?

Peirce, exegesis or application?

CLAUDIO FEDERICO GUERRI - ORCID 0000-0003-1141-1596

(pág 21 - pág 23)

En 2007, Eero Tarasti propone para el IX Congreso IASS-AIS una sección que denominó “*Applying Peirce*”. Su propuesta fue desestimada o rechazada mayormente en pro de una valoración mayor de los trabajos de exégesis de los textos legados por Charles S. Peirce. Esta actitud estaba en concordancia con la mirada más corriente que —quizás por las complicaciones intrínsecas de la propia obra tanto en lo conceptual como en su accesibilidad—, se ha orientado decididamente a su explicación y discusión, antes que a su aplicación.

No cabe duda que la tarea de investigación exegetica resulta fundamental respecto de Peirce, pero eso no debería anular —y este Dossier no lo hace— la posibilidad de abordar su obra desde otro encuadre que ponga de relieve el lugar que le cabe a la Semiótica peirceana en la construcción de modelos que operen desde la Lógica. No olvidemos que, en su concepción, “la lógica, en un sentido general, es sólo otro nombre de la semiótica, la doctrina cuasi necesaria o formal de los signos” (CP 2.227, 1897) y, por ende, un instrumento para abordar los diferentes registros contenidos en un fenómeno, teoría o disciplina. Dicho de otra manera, es para ayudar a pensar.

Son muchos los pensadores de distintos campos que han reconocido el lugar que Peirce ha ocupado en el desarrollo de pensamiento: Charles Morris, Noam Chomsky, Jürgen Habermas, y los más cercanos a nuestras líneas disciplinares Roman Jakobson y Umberto Eco, entre otros tantos. En este contexto, resulta oportuno convocar dos casos de construcciones conceptuales revolucionarias derivadas de la propuesta triádica de Peirce. Se trata de Jacques Lacan y de Louis Althusser. Ambos participaron en seminarios en París que les permitieron conocer la posibilidad operativa del pensamiento triádico y produjeron cada uno una ruptura epistemológica importante, que como suele suceder con una novedad fundante encontró al principio el rechazo en sus respectivos grupos de pertenencia.

Sin embargo, antes de entrar en detalles acerca de cómo se desarrolló en cada uno de ellos, vale la pena detenerse en el concepto de *posibilidad operativa del pensamiento triádico* porque esta es la noción clave que organiza esta introducción. Peirce sostiene que la “Lógica es la teoría del pensamiento autocontrolado o deliberado [que] al desarrollarse [...] por medio de signos, se puede considerar [...] como la ciencia de las leyes generales de los signos” (CP 1.191, 1903) pero, como él mismo señala, hay diferentes modos de lógica que respondan a otras tantas situaciones del pensar. Estos temas aparecen muy temprano en su obra —en dos artículos de 1878—, de amplia difusión en nuestra academia: *La fijación de la creencia* (W3, pp. 242-257; CP 5.358-5.387, 1877) y *Cómo hacer claras nuestras ideas* (W3, pp. 357-376; CP 5.388-5.410, 1878). En el primero plantea que “El objeto del razonamiento es el de descubrir [...] algo que no conocemos a partir de lo que ya conocemos. [...] razonar es bueno si es tal que da lugar a una conclusión verdadera a partir de premisas verdaderas” (CP 5.365). En el segundo plantea que la

única función de razonar es justamente, lograr claridad en las ideas. Claridad que sólo puede devenir del pensamiento lógico-semiótico en tanto *ciencia normativa* que “es aquella que estudia lo que debería ser” (CP 1.186, 1903).

Siguiendo ese hilo de pensamiento es que hablamos de *posibilidad operativa*. Dicho de manera sencilla: refiere a la capacidad del pensamiento triádico de hacer claras nuestras ideas. En ambos ejemplos, fueron los conceptos de *Categoría* –Primeridad, Segundidad y Terceridad– los que permitieron organizar, clarificar y volver operativo conceptos que, desde el pensamiento diádico, se presentan en algún tipo de oposición. Lacan, en tanto psicoanalista, se ocupa del inconsciente del cual describe tres aspectos *lo Imaginario* –Primeridad–, *lo Real* –Segundidad– y *lo Simbólico* –Terceridad–, superando así su dicotomía estructuralista anterior. Una de las claves que organiza esta tricotomía está en la idea peirceana de que “podemos definir lo real como aquello cuyos caracteres son independientes de lo que cualquiera crea que son.” (CP 5.388-410, 1878)

En el caso de Althusser se trató de revisar el rol del aspecto económico de la doctrina marxista en relación con su concepto de *Práctica Social*. Así, Althusser propone una *Práctica Teórica* –Primeridad–, una *Práctica Económica* –Segundidad–, y una *Práctica Política* –Terceridad. Althusser (1965 [1995], pp. 186-197) sostiene que la Práctica Económica es *determinante en última instancia* porque la Práctica Política es siempre *decisiva*. A pesar de dedicarle un capítulo entero a la Práctica Teórica no le asigna un rol específico, como *práctica posibilitante* (Guerri, 2016, pp. 43-60) en tanto será el conocimiento teórico –la *forma*– el que posibilitará las otras dos prácticas. Todo esto, sin olvidar que Peirce ya había escrito medio siglo antes que “podemos definir *lo real* como aquello cuyos caracteres son independientes de lo que cualquiera crea que son.” (CP 5.388-5.410, 1878; énfasis mío)

También el pensamiento triádico ha sido eficaz para pensar acerca de las disciplinas proyectuales como Morfología, Diseño y Arquitectura que necesitaban imperiosamente salir de la caja negra y la *inspiración divina* para encontrar en la semiótica peirceana la manera de poder enfrentar con alguna sistematicidad y eficacia la investigación cualitativa –la concepción posible–, la labor proyectual –el proceso de producción– y el valor social de la obra –la habitabilidad. Son muchos los aportes que se han hecho desde diversas corrientes de la Semiótica a los distintos aspectos del Diseño, ya se trate de arquitectura o de diseño gráfico o industrial. Sin embargo, la cantidad de innumerables variables que tiene que manejar un diseñador hace necesario el aporte sistemático de un *modelo operativo* de la semiótica triádica de Peirce para darle un orden *lógico y económico* a las decisiones *políticas* del diseñador durante el proceso proyectual. En el contexto de esta complejidad es que nace la necesidad de una herramienta concreta como el *Nonágono Semiótico* (Guerri, 2003; 2014 [2016]) derivado de una propuesta inicial de Juan Magariños de Morentin (1984 [1991]; 2008) que él llamaba el “cuadro” o el “esquema” de Peirce. Así, con la tríada lógica peirceana también cobraba sentido la tríada de Vitruvio (23-27 a.C. [1567], LI, C III, §2) que consideraba –ya hace dos mil años– que los valores de la Arquitectura eran *Firmitas* –Segundidad–, *Utilitas* –Terceridad– y *Venustas* –Primeridad–, naturalmente, no en *orden lógico* en aquel momento histórico. Estos valores históricos se corresponden hoy con los tres *Correlatos* del signo Arquitectura: *Diseño*, *Construcción* y *Habitabilidad*.

Como se describe en el artículo sobre “La clasificación de los signos revisitada”, el nonágono semiótico fue utilizado en muy diversas instancias de investigación, siendo a la fecha, el único *modelo operativo* peirceano. En tanto tal, el nonágono semiótico permite

saber en términos de una *interrelación taxonómica* cuánto sabemos de un signo cualquiera, ya se trate de un problema conceptual, de un objeto concreto o de una práctica social. La matriz triádica permite establecer una eficaz y fluida revisión de los distintos aspectos o sub-signos interrelacionados en todo signo, siempre complejo para un diseñador. Esta relación triádica facilita una revisión continua, mientras que, por el contrario, la relación diádica saussuriana establece una suerte de relación estática —por ausencia de la segundidad existente— que impide la revisión de *la realidad* —la fuerza sin ley o razón, la fuerza *bruta* (CP 1.427, 1896, énfasis en el original)— del *hecho* que de todos modos se resiste a ser conocido.

A su vez, la misma *arbitrariedad* del signo verbal hace que los distintos idiomas puedan recortar diferentes aspectos de —digamos— una misma realidad general que fue desmontada y reconstruida según las necesidades circunstanciales de cada cultura y cada época.

Resumiendo, el Nonágono Semiótico retoma exactamente la clasificación de los signos propuesta por Peirce, y más exactamente, de los *nueve subsignos* (CP 2.233-2.253, 1903). La grilla o ícono diagramático de tres por tres espacios —el cuadro de doble entrada— cumple la función justamente de evitar la subdivisión arbitraria que inevitablemente se produce en cualquier descripción lineal que todo lenguaje verbal inevitablemente tiene que hacer.

En este número de *deSignis* se publican dos trabajos que utilizan el nonágono semiótico en forma explícita a los efectos de desmontar eficazmente el problema conceptual que plantean, y con la esperanza que este número de *deSignis* aporte, aunque sea un grano más de arena a la soleada playa peirceana, les deseo que tengan una buena lectura.